




PAZ Y BIEN



II Domingo de Cuaresma

1-III-2026



Textos:

Gen. 12, 1-4a.

2 Tim. 1, 8b-10.

"Su rostro resplandecía como el sol"

En este segundo domingo de Cuaresma somos invitados a meditar sobre el tema del llamado. Al inicio de la Historia de la Salvación fue llamado Abraham para que siguiera el camino que Dios le marcaba y que lo transformaría en padre de muchos pueblos.

Pablo, en la segunda lectura, nos enseña que cada uno de nosotros somos llamados por Dios a una vida santa; y el Evangelio que nos narra la Transfiguración de Jesús, como anticipo de su glorificación, consecuencia de su respuesta al Padre, que lo llamó desde la eternidad para la Obra Salvadora de los hombres.

También nosotros somos gente llamada, convocada a caminar hacia la tierra prometida, camino hacia la vida para siempre.

Pero para responder, como Abraham, debemos dejar muchas cosas, no se puede caminar con mucho peso en la mochila de la vida; caminar con mucho peso inútil se hace agotador.

La Cuaresma nos marca un camino en el que debemos vencer las tentaciones, para ser transfigurados en Cristo. En los próximos domingos el Señor, en el encuentro con la samaritana, nos invita para que bebamos del agua viva que purifica y sacia nuestra sed de eternidad y de Dios. Nos dice, con la curación del ciego, que debemos abrirnos a la luz de la verdad; por último, con la resurrección de Lázaro, nos llama a recibir la vida nueva que procede del amor de Dios.

Lamentablemente, vamos naturalizando el genocidio que significa el aborto. Que en el itinerario cuaresmal, que es especialmente un tiempo de profunda conversión, podamos recuperar no sólo lo que enseña el cristianismo, sino el cumplimiento de lo que proclama nuestra Constitución Nacional: el valor y respeto de la vida desde el momento de la concepción, y así vivir este tiempo de gracia que es la Cuaresma, con esperanza y compromiso, ya que el Agua, la Luz y la Vida hacen referencia no sólo a la

vida temporal sino que Dios quiso que fueran signos eficaces de su gracia para transfigurarnos, para que alcancemos la vida para siempre.

Nos podemos preguntar: ¿por qué la Iglesia nos propone meditar sobre un cuadro tan resplandeciente de la gloria del Señor? Indudablemente Jesús quiere preparar a sus discípulos, dando prueba de quién es Él, para que no se escandalicen en el momento de la Cruz.

La Iglesia nos lo presenta también a nosotros en el curso de la Cuaresma para que no nos turbemos en el momento de la prueba, para que no lo traicionemos o abandonemos en el momento de la Cruz.

El Señor quiere sostener nuestro caminar, para iluminar los ojos de nuestra alma, para aumentar en nuestro corazón la fe y para afianzarnos en la verdad sobre Jesús.

En su Transfiguración Jesús no sólo es contemplado como Dios, sin dejar de ser hombre (cfr. Orígenes), sino que al brillar como el sol indica que es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (cfr. San Agustín).

Así *“el Evangelio de la Transfiguración del Señor pone delante de nuestros ojos la gloria de Cristo, que anticipa la resurrección y anuncia la divinización (...). Y es la invitación a alejarnos del ruido de la vida diaria para sumergirnos en la presencia de Dios”* (Benedicto XVI, *Mensaje para la Cuaresma*, en L'Oss. Rom. N° 9, 27.II.2011).

Debemos tomar conciencia de que somos llevados, como Pedro, Santiago y Juan, para acoger nuevamente en Cristo, como hijos en el Hijo, el don de la gracia de Dios: a su Hijo amado y que lo escuchemos (cfr. id.).

El Señor puso, con su *Transfiguración* y enseñanza los fundamentos de la fe que nos llama a la vida plena en Dios (cfr. León Magno. *Serm.* 51, 1-3).

Hermanos, que la Cuaresma nos ayude a volver a centrar la mirada de nuestra vida en Cristo, que es Camino, Verdad y Vida: que el buen Dios nos conceda la serenidad para dedicar parte de nuestro tiempo a escuchar al Señor con la lectura de la palabra y responder con la oración y la vida; pues *“el tiempo de la oración no es un tiempo perdido; es el tiempo en el que se abre el camino de la vida, se abre el camino para aprender de Dios un amor ardiente a Él, a su Iglesia, y una caridad concreta para nuestros hermanos”* (Benedicto XVI, en L'Oss. Rom. N° 6, 6.II.2011).

Amén.

G. in D.